



## I

Para quienes fuimos fundadores de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, esto es militantes comprometidos con la creación de lo que hemos llamado la aventura académica más significativa de la institución universitaria en Latinoamérica en el último medio siglo, aún la experiencia vivida y los hechos sucedidos resultan demasiado próximos para juzgarlos con perspectiva y, principalmente, para ubicarlos con propiedad en el desarrollo de la conciencia nacional, en el proceso dinámico de la comunidad peruana.

Lo evidente es que el movimiento herediano superó en exceso los sucesos críticos que le dieron nacimiento, poniendo en marcha una compleja experiencia, singular, única e irrepetible, que trascendió la nueva creación de un centro de enseñanza superior de las ciencias médicas y biológicas, extendido después –y en forma más acusada en sus planes de ampliación en el futuro próximo–, a otras áreas del conocimiento humano, lo que le permitió acceder, con propiedad, a un título que pareció excesivo al comienzo. Hoy nuestra Universidad responde al sentido de universitas, como totalidad o conjunto de saberes propios de las comunidades en vínculo directo, universal, con las distintas formas de conocimiento de la realidad y la permanente aplicación a la investigación de la misma.

Alguien pudo advertir en el proceso herediano, en su fase inicial, sólo un movimiento destinado a rescatar los tradicionales fueros de la universidad liberal, de la institución de corte napoleónico formadora de profesionales con que marcó la República a la Universidad Nacional, señaladamente en la segunda mitad del siglo pasado; o como reacción defensiva frente a la permeabilidad social que hace inexorable la nivelación ecuménica. Esta fue una percepción superficial, la epidermis de ese estrato engañoso de quienes creen

que aún es posible aferrarse a un orden social cuyas estructuras básicas no responden al curso de la historia. Lo mismo sucede con quienes la juzgaron, con criterio elitista, como “institución torremarfilista”, como inveneradero aislado de las fuerzas sociales y de las señales, a menudo trágicas, de la crisis de nuestro tiempo; como ajena a los conflictos y las contradicciones de la sociedad peruana, conglomerado de nacionalidades en busca de identidad. Se escapaba, en esta visión arcádica y pasadista, la esencia misma de un fenómeno singular que fue acusando sus perfiles desde los difíciles años iniciales y que hoy reúne ya alguno de los caracteres que definen nuestra Universidad.

No tenemos aún, repetimos, los elementos de proyección histórica necesarios para deslindar la identidad de nuestra Universidad pero el análisis detenido permite aislar la esencia del fenómeno, que la anécdota circunstancial que decidió su creación pudo pasar inadvertida en su momento inicial. Aunque parezca paradójico, Cayetano Heredia retomó el espíritu mismo de la Reforma Universitaria, su soplo creador, el espíritu sutil y penetrante que, como expresa su lema, se difunde por todas partes. En oposición a quienes sólo repetían la retórica ahora caduca que animó en su tiempo, en su coordenada histórica, el proceso iniciado en Córdoba en 1918, que recusó la decadencia de la institución universitaria argentina y, por extensión legítima, latinoamericana. A la verdad por el error:

Cayetano Heredia, que parecía una reacción puritana y exclusivista, retornó, por imperativo de la historia y la fuerza espiritual de sus principales actores, lo vivo y fecundo de la renovación universitaria para constituirse en algo más que una institución reformista: en una Universidad en directa relación con la realidad profunda del país, simbólicamente ubicada en el Cono Norte de la Gran Lima, que instaló su campus en tierras ganadas por la desbordante expansión urbano-marginal, al impulso de la energía inagotable, el espíritu de afirmación constructiva y la “fuerza histórica de los pobres”.<sup>1,2</sup>

\* ACTA HEREDIANA, Vol. 7, Año Jubilar, Abril 1986 - Marzo 1987, págs. 35-39.

Lo mencionado permite la reflexión sobre el tema de la identidad nacional a cuyo esclarecimiento contribuye, desde su marginación y sus recursos escasos, la Universidad Nacional, sistema del que forma parte, ya como fuerza de vanguardia, la institución herediana. Esta contribución deriva tanto de la experiencia de campo cuanto del aporte original de la investigación biomédica y socio-antropológica, centrada mayormente en el estudio del hombre peruano. Como complemento de esta tarea, se dio la reformulación de la enseñanza de la medicina con la práctica en la comunidad próxima y en la proyección geográfica nacional, esbozando las notas características del tipo de profesional que la realidad nacional requiere, lo que conlleva la reformulación de la medicina no sólo en su práctica sino en la teoría del hombre enfermo que exige integrar el enfoque biomédico –la postura neopositivista de la racionalidad cientificista de hoy– con los insoslayables complementos socioculturales.

## II

“Como Heráclito que partió en busca de sí mismo –escribe penetrantemente Jeffrey Klaiber– el Perú es una nación en busca de identidad. Este país contiene una multitud de diferentes culturas, mezclas raciales y clases sociales, las cuales tan sólo en el siglo XX han comenzado a formar una identidad y un destino comunes”.<sup>3</sup> Al contrastar la élite blanca con la masa indígena, agrega: “El drama más significativo en la moderna historia social e intelectual del Perú ha sido el encuentro y el enfrentamiento de estos dos grupos y su búsqueda de una identidad común... La hermosa pero hostil naturaleza del Perú, especialmente la falange masiva de los Andes, que surgen en la costa y descienden hacia la selva amazónica en el Perú oriental, contribuye en gran parte a la fragmentación del país en islotes culturales separados por grandes distancias y diversas tradiciones”.<sup>3</sup>

En otro lugar hemos señalado: “La búsqueda de lo propio que es en último análisis la esencia de la nacio-

nalidad, el perfil de lo distintivo en procura de la raíz común de una estructura social aparentemente compleja, contradictoria, por lo menos dual en el caso peruano, se entiende como una aproximación a los fundamentos de la identidad. En su acepción de sociología de masas, se enlaza al sentimiento de mismidad y continuidad que Erikson señala como lo propio de la identidad personal en dimensión psicosocial”. La identidad de los extensos grupos humanos es la que dio vida, en el pasado precolombino, a los grandes mitos sociales que, merced a la etnia común, logró la armonización conjunta de masas pertenecientes a círculos culturales distintos. El advenimiento del mestizaje generó sus propios valores, afincados mayormente, en lo que tienen de auténticamente peruanos, en las fuentes autóctonas. Lo distintivo esencial de la peruanidad –“formación social determinada por la conquista y la colonización españolas”<sup>4</sup>–, en el variopinto mestizaje que conforma nuestra patria es necesariamente lo autóctono, que no singulariza la temática sino también el carácter y el estilo de lo raigalmente nuestro”.<sup>5</sup>

Entendemos por peruanidad no sólo “el carácter común de los pueblos y los habitantes del Perú”, (Tauro,<sup>6</sup>) –acepción apenas de alcance geográfico–, tampoco “la totalidad de los peruanos, consolidada por el afecto hacia sus tradiciones y la fe en sus destinos” (Tauro,<sup>6</sup>) –definición más desiderativa que realista–, sino al proceso activo de formación de la identidad colectiva enraizada en “la realidad profunda del Perú” (Mariátegui,<sup>7</sup>) “al desarrollo de nuestro ser histórico”.<sup>5</sup> Peruanidad es expresión de un proceso de afirmación nacionalista que supera anacrónicas lealtades y por el contrario afirma la soberanía popular y que traslada el acento de los grupos dominantes tradicionales con sus nuevas formas de poder para dirigirlo a las mayorías nacionales”.<sup>5</sup>

Peruanidad es ciertamente una expresión de nacionalismo por lo que es menester distinguirlo, por un lado, de los nacionalismos a ultranza, y de otro, del provincialismo pasadista y reaccionario. De ahí que “el sentimiento de peruanidad” tenga entre nosotros “gra-

ves consecuencias para la teoría y la práctica del propio nacionalismo que inspira y engendra” (Mariátegui,<sup>7</sup>). “Peruanidad es, **lato sensu**, una idea y un sentimiento que intenta unificar activamente la variedad regional, racial, idiomática, económica y cultural. Es una meta a alcanzar más que una realidad tangible. Es, en fin, el doloroso proceso de afirmación de nuestra identidad como peruanos en el concierto mundial de una sociedad que ambicionamos igualitaria y cooperativa, que intente hacer de la empresa humana una utopía realizable. Peruanidad es, para decirlo en palabras de Basadre, la afirmación del “querer existencial nacional”.<sup>8</sup> Es en este ámbito de “peruanidad” donde se inscribe el pensamiento vivo de los forjadores de nuestro ser nacional”.<sup>5</sup>

El claustro herediano ha contribuido, desde su fundación, a un discreto pero activo movimiento, de generar en sus miembros un sólido sentimiento de peruanidad, a través del conocimiento y la conceptualización de los aspectos esenciales de esta problemática. Desde el andino migrante, ahora en el entorno de la capital, hasta las comunidades andinas y selvícolas de la zona de irradiación geográfica que nos corresponde, nuestra Universidad ha intentado configurar en docentes y dicentes esta compleja realidad. Uniendo ciencia y sociedad, los profesionales heredianos están en condiciones de asimilar realidades contrastantes, climas espirituales diversos, barrera de idioma y choque cultural. Sin pretender generar un prototipo de profesional sensible a toda la vasta y compleja sociogeografía peruana, Cayetano Heredia ofrece a la comunidad profesionales identificados con el país, esto es conscientes de la inescapable experiencia de ser peruanos. No aspiramos inculcar principios definitivos y rígidos acerca de realidades cambiantes sino aptitud para asimilar conscientemente la dificultad que representa muchas veces ser peruano en el propio país.

En el deslinde de la identidad nacional tiene absoluta importancia la tarea de investigación, principalmente de los problemas que atañen al país y al subcontinente. En su oportunidad y en su estilo, Honorio Delgado,

Fundador y Primer Rector de nuestra Universidad, en un examen de la psiquiatría latinoamericana, previno sobre el riesgo del colonialismo de pensamiento, la más grave de las formas de dependencia, la dependencia intelectual. Sobre el tema de la investigación hemos sostenido: “Si no la emprendemos o no la llevamos adelante con perseverancia y seriedad, “nuestra mentalidad quedará considerablemente en condición colonial respecto a los países más adelantados” (Delgado,<sup>9</sup>), en ingrata condición de dependencia, en posición favorable para la mistificación de lo nuestro, en favorecimiento de lo imitativo, en suma, en sujeción a la llamada “cultura de la dominación” (Salazar Bondy,<sup>10</sup>), tipificada como el “conjunto de valores, actitudes y estructura de comportamiento” generados por “nuestra sujeción a los países que controlan el proceso mundial”.<sup>10</sup>

Resulta aleccionador reiterar que con Cayetano Heredia como Universidad nació simultáneamente su primer instituto, el Instituto de Investigaciones de la Altura, al que seguirían otros prestigiosos centros de indagación especializada.

### III

La medicina no puede ser ya concebida como un saber autónomo, generador de sus propios principios y vigilante privilegiado de la ética del diagnóstico y del tratamiento. Los factores que en su momento permitieron avances extraordinarios en la investigación y relevaron el **status** profesional, en la actual coyuntura –como ocurre siempre en los tiempos críticos que preludian grandes cambios– favorecen ahora una perspectiva diferente, que parte de la idea de la salud como eje del desarrollo humano.

En su juventud, a mediados del siglo pasado, el célebre patólogo Rudolf Virchow, situando al médico como “coagonista de la lucha hacia un modo de vivir sano”, extendió desmesuradamente los límites de la medicina al concebir la política como una “medicina en gran escala”. El papel del médico en el mundo de hoy, redefinido en función de los factores actuantes,

algunos de los cuales hemos revisado, se parece de algún modo a lo que en la antigüedad griega, en el llamado helenismo, abarcaba el amplio concepto de **paideia** –tal como lo ha formulado **in extenso** Werner Jaeger–, de la poderosa fuerza formativa del individuo y la colectividad que intenta extraer de ellos, por la educación, su contenido verdadero, estimulando los elementos fundamentales del ser humano.

El concepto clave de la medicina, de neta vocación antropológica, partirá de una reconsideración de la **hombreidad** y su universo semántico. Fue don Miguel de Unamuno el primero en hablar sobre hombreidad en nuestra lengua. Bajo el influjo del portugués Oliveira Martins, adaptó la voz **hombridade** a nuestro idioma con su equivalente hombridad. “Hombridad –escribió el genial maestro de Salamanca– es la cualidad de ser hombre, de ser hombre entero y verdadero, de ser todo un hombre,<sup>11</sup> Pedro Laín Entralgo derivó hombreidad del **Homo humanus** o **humanitas** de Cicerón. Hombreidad, definía Laín, es a quien “pertenecían esencialmente el saber, el amor al hombre y el sentimiento de la comunidad”.<sup>12</sup>

El médico en el curso de la historia y aceleradamente en nuestros días, va perdiendo su halo mágico de **demioergo** y tiene que acceder, a plenitud, por imperativo de la época, a una discreta pero más eficaz posición de **demioergo**, esto es, de trabajador para el pueblo, con una elevada ética de servicio: “La nueva medicina que

sirva a una nueva sociedad necesita nuevas formas de servicio (Sigerist,<sup>13</sup>).

Con absoluta clarividencia señaló Sigerist –el más grande historiógrafo de la medicina–, hace cerca de medio siglo, las características de este médico a quien calificamos, retomando un concepto de la vieja medicina homérica, como **demioergo**: “Ni shamán, ni sacerdote, ni artesano ni clérigo, el médico tiene que ser algo más que un mero hombre de ciencia. Comenzamos a percibir la imagen de un nuevo médico. Hombre de ciencia y trabajador social, preparado para cooperar en tareas de equipo y en estrecho contacto con los individuos a quienes sirve, amigo y conductor, dirigirá todos sus esfuerzos hacia la prevención de la enfermedad y se convertirá en un terapeuta cuando la prevención haya fracasado: tal es el médico social que protege a los individuos y los guía hacia una vida más sana y feliz”.<sup>14</sup>

La Universidad Peruana Cayetano Heredia, que fuera en sus primeros años sólo un centro de formación médica y biológica, al cumplir un cuarto de siglo de vida fecunda, estimulada por el conflicto y enriquecida por la pobreza, proyecta en términos parecidos pero en realidades más consistentes, el tipo de profesional que ofrece, en el campo médico y en el extramédico, en atención y respuesta a la realidad peruana en cuyo escenario, entre trágico y dramático pero siempre polémico y contestatario, ha realizado obra eficaz en la víspera del siglo XXI.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Matos Mar, José. Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980. Perú Problema 21, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1984.
2. Gutiérrez, Gustavo. La fuerza histórica de los pobres. Selección de Trabajos, Centro de Estudios y Publicaciones, Lima, 1979.
3. Klaiber, Jeffrey. Religión y Revolución en el Perú, 1824-1976, Universidad del Pacífico, Lima, 1980.
4. Mariátegui, José Carlos. 7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana, Biblioteca Amauta, Lima, 1928.
5. Mariátegui, Javier. "Valdizán y la concepción de peruanidad". Trabajo presentado en la Ceremonia de Conmemoración del Centenario del nacimiento de Hermilio Valdizán, organizada por la Facultad de Medicina de la UNMSM y la Asociación Psiquiátrica Peruana, Lima, 1986.
6. Tauro, Alberto. Diccionario Enciclopédico del Perú. T. II, Editorial Mejía Baca, Talleres Gráficos Americanalee, Buenos Aires, 1966.
7. Mariátegui, José Carlos. Peruanicemos al Perú. T. II, Obras Completas, Lima, 1970.
8. Basadre, Jorge. Meditaciones sobre el destino histórico del Perú. Editorial Huascarán, Lima, 1947.
9. Delgado, Honorio. Acerca del panorama de la psiquiatría latinoamericana, Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina, 1965, 11: 397-402.
10. Salazar Bondy, Augusto. La cultura de la dominación. En Perú Problema, 5 Ensayos, Francisco Moncloa, Lima, 1968.
11. Unamuno, Miguel de. Sobre la argentinidad. En Ensayos Tomo II, M. Aguilar Editores, Madrid, 1945.
12. Laín Entralgo, Pedro. La Empresa de ser hombre, Editorial Taurus, Madrid, 1957.
13. Sigerist, Henry E. Civilización y enfermedad, Fondo de Cultura Económica, México, 1946.
14. Sigerist, Henry E. La medicina y el bienestar humano, Ediciones Imán, Buenos Aires, 1943.